

## EL MILENIO (Apoc. XX, 1-6)

(Salmanticensis, Vol. 3, Fasc. 1, 1956, pp. 220-227)

por ALBERTO COLUNGA, O. P.

El Apocalipsis es un libro lleno de misterios, dice San Jerónimo. Pero de todos esos misterios tal vez el más notable es el contenido en XX, 1-6, el reino de Cristo en la tierra por espacio de mil años. Es bien sabido por el testimonio de Eusebio, que Papías, obispo de Hierápolis en Frigia, siguiendo, decía él, la tradición de los presbíteros, enseñaba que Jesucristo reinaría mil años en la tierra y que ésta se distinguiría por su maravillosa fertilidad durante ese tiempo (H.E., IV, 39). Semejante afirmación se inspira sin duda en nuestro pasaje del Apocalipsis, interpretado más que, según la tradición de los ancianos, conforme a algunas tradiciones escatológicas del judaísmo. Poco más adelante San Justino, discutiendo con el judío Trifón, afirmaba también un milenarismo espiritual, sentencia que el santo da por segura, aunque no faltasen en la Iglesia quienes la contradijesen (80-81). En los siglos siguientes fueron muchos los que sostuvieron semejante sentencia, si bien tampoco faltasen quienes la combatiesen. Los dos grandes doctores alejandrinos Clemente y Orígenes fueron de ese número. Sus tendencias a la exégesis alegorista les facilitaban el medio de desentenderse de la dificultad que el texto del Apocalipsis les ofrecía. Pero estaba reservado al genio de San Agustín el desterrar de la exégesis católica la extraña sentencia milenarista, con *La Ciudad de Dios* (XX, 7-13).

Todavía no han faltado en los tiempos modernos quienes resucitasen un milenarismo, que consistiría en una época de extraordinaria prosperidad espiritual y de exaltación de la Iglesia en el mundo. El Santo Oficio ha tenido que intervenir con su autoridad para reprobar cierta interpretación milenarista, que decían mitigada.

Sobre todo, esta idea ha brotado con fuerza en el campo protestante, defendiéndolo unos como una enseñanza divina del Apocalipsis y considerándola otros como un sueño del autor, que se habría inspirado en las concepciones escatológicas judías.

El autor sagrado, después de la batalla de Harmagedon, en la cual son aniquilados por el Verbo de Dios las fuerzas que combatían contra la causa del Bien, dice: «Ví un ángel, que descendía del cielo trayendo la llave del

"Salmanticensis", 3 (1956).

abismo y una gran cadena en su mano. Y cogió al Dragón, la Serpiente antigua, que es el Diablo, Satanás, y le encadenó por mil años. Le arrojó al abismo y cerró y encima de él puso un sello para que no extraviase más a las naciones hasta terminados los mil años, después de los cuales será suelto por poco tiempo. Vi tronos y se sentaron sobre ellos y fuéles dado el poder de juzgar, y ví las almas de los que habían sido degollados por el testimonio de Jesús y por la palabra de Dios y cuantos no habían adorado a la Bestia ni a su imagen y no habían recibido la marca en su frente, ni en su mano, y vivieron y reinaron con Cristo mil años. Los restantes muertos no vivieron hasta terminados los mil años. Esta es la primera resurrección. Bienaventurado y santo el que tiene parte en la primera resurrección; sobre ellos no tendrá poder la segunda muerte, sino que serán sacerdotes de Dios y de Cristo y reinarán con El por mil años» (XX, 1-6).

Tanto la exégesis milenarista antigua como la moderna tomaron este texto en su sentido obvio, aunque concretándolo cada cual según su mentalidad y conforme al concepto que tenía del reinado de Cristo. Pero la exégesis que podemos decir ortodoxa, que acabó por desentenderse del milenarismo, lo ha hecho sobre todo mediante una interpretación del texto sagrado, que creemos necesita alguna aclaración. Consiste esta exégesis en interpretar la serie de cuadros que componen el libro como abarcando toda la Historia de la Iglesia, de manera que el reinado de Cristo, que en el citado pasaje dura mil años, en los cuales El reina con los que superaron las pruebas de la persecución, no tienen otro sentido que los otros cuadros de la apertura de los sellos, de las trompetas, de las copas, etc. Todas ellas alcanzan la Historia de la Iglesia, en la cual reina Cristo glorioso y triunfador de los poderes infernales y reinan con El los Santos en el cielo. Y aun en la tierra en medio de las persecuciones disfrutaban los fieles de la paz de Dios, que el mundo no puede dar, y triunfan del Demonio, fortalecidos por la gracia de su Salvador. A juicio de un ilustre comentarista moderno del Apocalipsis, esto que él llama *recapitulación*, se hallaría expresado en las siguientes palabras de San Agustín: «Sic eadem multis modis repetit, ut alia atque alia dicere videatur, cum aliter atque aliter haec ipsa dicere vestigetur» (*De Civitate Dei*, XX, 17). Con todo el respeto que es debido a los santos y a los doctos exégetas, que han propuesto esta solución del milenarismo, nos atrevemos a decir que no responde plenamente al verdadero plan y al sentido del Apocalipsis, y por consiguiente a la verdadera intención del autor sagrado.

Para definir este plan y precisar esta intención será bien que comencemos por definir al autor mismo. Es éste un discípulo de Jesucristo, evangelista y profeta a la vez. Por lo primero conoce la revelación evangélica y está lleno del espíritu de su Maestro. Como profeta aspira a ejercer

aquellos oficios que San Pablo atribuye a los profetas: Edificar, exhortar y consolar (1 Cor., 14, 3). Y estos oficios los ejercerá sirviéndose para ello de sus conocimientos evangélicos y de las revelaciones particulares que para ello Dios le comunica. Luego conviene colocar al Apóstol-profeta en el momento en que le tocó vivir los últimos años de su vida, después de haber sido testigo de las persecuciones de los judíos y de Nerón y de haber experimentado la de Domiciano. En ellas vió realizadas las múltiples predicciones de su Maestro sobre las persecuciones, que aguardaban a sus discípulos. Estos no podían ser de mejor condición que El, y habiendo sido El perseguido, ellos también lo serían. De esta situación brota en él la idea de alentar a los fieles de las Iglesias de Asia, y en éstas a las de todos los siglos, a soportar con fortaleza las persecuciones presentes y las venideras. Así es como cumple él la misión, que el Señor le había encomendado de ser su testigo ante el mundo. Y como antes escribió el Evangelio, para que los creyentes tengan vida en el nombre de Jesús (20, 31), así ahora se propone escribir el Apocalipsis, para que perseveren firmes en la fe. En el primero adoptó la forma histórica, en el segundo emplea el género apocalíptico, género literario eminentemente profético y en el que abunda, más que en los otros, el elemento imaginario.

El plan general de la obra está calcado en un principio para él evidente, el de la lucha perpetua entre el bien y el mal, lucha que comienza en el Paraíso, y que el profeta ve realizada tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento.

Pero lo que sobre todo a él le interesa es la realización de esta lucha en la época evangélica, en los días en que él vive y los que a estos seguirán. Para desarrollar su tema cuenta primero con la historia antigua, la que vivieron los antiguos Profetas, más la que él vivió y la que está viviendo. Luego cuenta también con la que ha de seguir, según el Espíritu Santo se la da a conocer. Como materiales de composición se servirá de los que le ofrece la Sagrada Escritura, sobre todo los Profetas. Estos elementos de expresión no eran del todo extraños a los fieles, familiarizados como estaban con la Escritura e instruídos en las verdades escatológicas, que se les proponían, según consta por las epístolas a los Tesalonicenses (2 Tes., 2, 5).

\* \* \*

Pues veamos ahora, según esto, el plan de la obra desde el capítulo IV hasta el XXI, que son los que mayor dificultad ofrecen.

La escena de los capítulos IV-V se desarrolla en los cielos y allí se nos ofrece la Corte del Juez Soberano, que rige la historia del mundo.

También se desenvuelve en el cielo la escena siguiente (VI, I-VIII, I), la apertura de los siete sellos por el Cordero, a la que acompañan el desfile de los elementos todos, que entran en el juicio de Dios sobre el mundo.

Viene a ser esto como una parada del ejército del Señor, de las criaturas todas, armadas para luchar contra los impíos, según se lee en la Sabiduría, 5, 17.

Tras esto vienen las trompetas tocadas por los ángeles, como otros tantos ordenanzas de Dios para ejercer su justicia sobre el mundo (VIII, 2-IX, 14). Esta escena tiene lugar en la tierra. Precisar su sentido importa mucho para entender el plan del Apocalipsis.

Para ello hay un punto digno de consideración. Es la pericopa XI, 1-14 de los dos testigos. A mi juicio, no puede caber duda de que esos dos testigos no son otros que Moisés y Elías, representantes de la Ley y del Profetismo. Son los mismos que se aparecieron en la Transfiguración del Señor y son los representantes de la causa de Dios en Israel. Su suerte es la misma que tuvieron los siervos de Yavé en la historia de Israel, historia que el Salvador resume en aquellas fatídicas palabras: «Jerusalén, Jerusalén, que matas a los Profetas y apedreas a los que te son enviados». Y las otras: «¿A cuál de los Profetas no mataron vuestros padres?» (Mt. 23, 37, ss.). Y la historia se proseguirá, según lo que antes se había dicho: «Por esto os envío yo profetas, sabios y escribas, y a unos mataréis y crucificaréis, y a otros azotaréis en vuestras sinagogas y los perseguiréis de ciudad en ciudad, para que caiga sobre vosotros toda la sangre inocente derramada sobre la tierra, desde la sangre de Abel hasta la sangre de Zacarías, a quien matásteis entre el templo y el altar» (Mt. 23, 34, ss.). El apóstol, que había oído estas tristes palabras de los labios de Jesús y que había experimentado la verdad de su cumplimiento sobre sus propias espaldas (Act. 5, 40), no podía echarlas en olvido. Y si esto es verdad, habrá que decir que la historia precedente, donde se nos ofrece la justicia de Dios sobre el mundo, corresponde a la que Dios ejerció sobre las naciones gentiles tal como nos la cuentan los Profetas en sus oráculos contra las naciones.

Pero lo que a mi juicio, prueba con más evidencia nuestro intento, es el anuncio de lo que seguiría a la séptima trompeta (XI, 18, ss.), a saber, el cumplimiento de los vaticinios de los antiguos Profetas, el fin de los tiempos de expectación y la llegada del reino de Dios. Y todo esto traerá el nacimiento de aquel Niño, a quien el Dragón se dispone a devorar, pero que, apenas nacido, es arrebatado al cielo. Nadie se atreverá a negar que aquí se trata de la venida de Jesucristo y de su exaltación a la diestra del Padre, a la cual sigue la lucha del Dragón contra la Iglesia, la encarnación de éste en la Bestia, con la serie de cuadros de continuas amenazas, hasta que llegue el momento decisivo de la ruina de Babilonia y de todos sus ejércitos en la batalla de Harmagedon.

Esto significa que, como Daniel nos presenta la serie de los imperios orientales sometidos al juicio de Dios antes de la llegada del reino de los santos, reino eterno que no acabará jamás (7, 14; 2, 44), y como en los

Sinópticos, el Salvador nos predice el juicio de Dios sobre la Jerusalén deicida, tantas veces anunciado por El, para luego anunciarnos el juicio sobre el mundo con la resurrección y el juicio final, así San Juan ha querido planear su obra a base de esta historia: el juicio de Dios sobre los reinos gentiles, perseguidores del pueblo de Dios en el Antiguo Testamento (Jer. 25, 15, ss.), el juicio de Dios sobre Israel mismo rebelde a su Dios y conculcador de la Ley divina, para venir a parar sobre el juicio de los enemigos de Cristo, representado en su Iglesia, que es el objeto principal de San Juan.

Según esto, el Apocalipsis abarca toda la lucha entre la Serpiente y la Descendencia de la mujer, desde el principio, en el Paraíso, hasta la plena victoria sobre la Serpiente. Esta historia abarca cuatro periodos: la lucha de los pueblos paganos contra el pueblo de Dios, la lucha de los prevaricadores de Israel contra los fieles del Señor, la lucha del mundo y del Príncipe de este mundo contra Cristo, y la lucha del Dragón contra la Iglesia. Todo esto acabará con el aplastamiento de la cabeza de la Serpiente por la descendencia de la mujer, por Cristo y los suyos.

Sentado este principio, que nos parece evidente, mediante el cual podemos dar una interpretación clara del Apocalipsis, llegamos al punto que nos ocupa. Después de la gran batalla de Harmagedon, en la cual perecen todos los enemigos de Cristo, representados, según común sentencia, por la gran ciudad de Babilonia —el Imperio con sus aliados— sólo queda con vida el Dragón, el cual es encarcelado. A esto sigue el reino pacífico de Cristo y de sus Santos en la tierra por mil años.

Para entender lo que es esto, volvamos la vista a los Profetas. Llevan estos impresa en su espíritu una doble idea: la justicia de Dios, que no pudiendo tolerar el pecado, lo castiga con dureza. Los oráculos de los Profetas están llenos de amenazas, que Dios ejercerá de diversos modos, pero más especialmente por medio de la guerra, a la cual puede seguir la esclavitud del pueblo. Esta justicia divina no se pone en acción, sino estimulada por la injusticia humana. Pero en Dios con la justicia está la misericordia, que en sus relaciones con el hombre se muestra mayor que la misma justicia. Por esto los Profetas, después de haber lanzado los rayos de la justicia divina contra los pecadores, muestran el cielo sereno de la misericordia, y a la guerra sucede la paz, a la cautividad el rescate, a la desolación de la tierra su restauración y a la prevaricación la fiel observancia de la divina Ley, fuente de todos los bienes. (Is. 9, 6 ss.; 11, 1 ss.; 49, 13 ss.; 52, 7 ss.; 54, 1 ss.; Jer. 32, 27; 33, 1 ss.; Ez. 34, 12 ss.; 36, 33 ss.; 37, 13 ss.; Dan. 7, 24 ss.).

Ahora bien, San Juan nos ha pintado en una serie de cuadros la lucha, que supone grandes tribulaciones para los siervos de Dios. ¿No vendrá después de esta lucha la paz de Dios? Pues aquí la tenemos y una paz que

durará por mil años, mientras que la lucha había durado sólo tres y medio. Esta es la obra de Dios, que castiga hasta la tercera y cuarta generación, pero que bendice hasta la milésima (Ex. 34, 6).

Pero alguno dirá que Jesús promete a sus fieles, a los que por amor de su nombre sufren, algo más que la paz de la tierra, les promete la paz del cielo, que es mejor. Perfectamente. Mas advirtamos que los Profetas suelen presentarnos el reino terrestre del Mesías en Jerusalén. El reino de los cielos tal vez aparece sólo en Daniel 12, 1, donde se habla de la resurrección, después de las persecuciones del Anticristo. Pues San Juan, que recuerda muy bien la sentencia de su Maestro, que deben cumplirse las Escrituras hasta la última tilde, nos ofrece este cuadro como una realización de lo que tantas veces han prometido los siervos de Dios.

Pero instará alguno. ¿Entonces habremos de volver al milenarismo, a lo menos a ese período de paz y prosperidad de la Iglesia, que defiende algún exégeta moderno? No hay necesidad de eso. El profeta nos ofrece aquí, después de la guerra la paz, y la Historia de la Iglesia nos dice que ésta sufrió tres siglos de persecuciones, tres siglos en los que no era lícito llamarse cristiano, tres siglos en que hacer profesión de cristiano era verse amenazado del despojo de los bienes y de la vida. Pero llegó el momento, precisamente en lo más álgido de la lucha, en el que Dios tocó el corazón de un Príncipe. el cual concedió la paz a la Iglesia y colocó el antes aborrecido signo de la cruz sobre las águilas romanas. Desde aquella fecha el mundo experimentó un cambio radical. Por algo la Iglesia celebró el año 1913 de décimo-sexto centenario de la paz constantiniana. Llegada ésta, los mártires, que habían sido tratados como impíos, rebeldes y a veces hasta criminales, vienen a participar de los honores de su Señor y sus sepulcros a ser honrados con suntuosas basílicas.

Todavía podrá objetar un conocedor de la Historia de la Iglesia, alegando la distancia que existe de una parte, entre el doble cuadro, que nos ofrece el profeta, del Dragón encadenado en el abismo y de Cristo reinando con sus Santos en la tierra, y de otra la Iglesia siempre en lucha con los tres enemigos, el demonio, el mundo y la carne. No podemos disimular la fuerza de la objeción, pero creemos que la respuesta es fácil para quien conozca el estilo de la Escritura. Ese estilo es de ordinario muy ideal, sobre todo cuando se trata de pintar los días mesiánicos, en los cuales el pecado y el mal serán desterrados de la tierra, para que en ella reine sólo la justicia, y con la justicia la plenitud de todos los bienes. Precisamente para traer a la verdad la mente de los doctores judíos, el Señor les propuso la parábola del campo sembrado de trigo y de cizaña. Los Padres, lo mismo que los oradores y los poetas que les han sucedido, no tienen otro modo de hablar cuando celebran el misterio de la Navidad del Señor, su Resurrección, etc. Cuanto a la prisión del Diablo, el Salvador en el momento de empezar su Pasión dice: «Ahora es el juicio del mundo; ahora el prin-

cipe de este mundo será arrojado fuera y, si yo fuere exaltado de la tierra, todo lo traeré a mí» (Jo. 12, 31). Y San Juan, que nos cuenta la batalla, en que Satán con su ejército es vencido por Miguel y los suyos, es el mismo que nos pinta enseguida al Dragón lleno de rabia para perseguir a la Madre del Mesías y a su descendencia. Y San Pedro nos dice que el Diablo anda en torno nuestro como león rugiente buscando a quien devorar (1 Petr. 5, 8).

Todavía podemos añadir la explicación teológica del misterio. Entre los efectos de la Pasión de Cristo pone Santo Tomás el habernos librado del poder del Diablo. Para probarlo alega las palabras antes citadas de San Juan, y a la objeción, que presenta la realidad de las continuas tentaciones del Diablo, contesta el Angélico que contra ellas tiene preparado el hombre un remedio en la Pasión de Cristo (III, q. 49, a. 2). Cuando se trata de expresar las cosas espirituales es imposible emplear un lenguaje matemático. Esta respuesta del Santo Doctor nos prepara también para entender el sentido de ese reinado de Cristo y la prisión del Dragón. Los Santos Padres, inspirados en la Escritura, consideraban el culto de los ídolos como el culto del mismo Diablo. Pues la victoria sobre el paganismo romano en el cual el Diablo era oficialmente venerado y en virtud de esta adoración perseguía a los adoradores de Cristo, es una grande victoria sobre el Diablo, el cual ya no podrá hacer la guerra que antes hacía. En cambio, Cristo que era perseguido en sus fieles, es ahora honrado y en honor suyo se consagran los templos de los antiguos dioses.

Entrando más adentro, el reino de Cristo no es más que su reino sobre las almas, a las que santifica con su gracia, que es vida eterna, y a las que comunica la paz, aquella paz que el mundo no puede dar. De ella gozan los fieles de Cristo, aun en medio de las persecuciones, fortalecidos con la esperanza del cielo, según las palabras del mismo Salvador, en que promete a los suyos el céntuplo, ahora en este tiempo, en casas, hermanos, hermanas, madre e hijos y campos con las persecuciones y la vida eterna en el siglo venidero. ¿Cómo realiza el Señor esta su categórica promesa? No vemos otra vía que la de la caridad fraterna, la cual hace comunes todas las cosas. De los que de verdad se aman, decían ya los antiguos filósofos: «Amicorum omnia sunt communia».

¿Cuánto durará este reino? Mil años, dice el profeta. Nadie tomará esta cifra en sentido matemático. Los Profetas cuando hablan de la paz mesiánica, no le ponen término ninguno. Tendría poca gracia que un reino, tan esperado y deseado como el del Mesías, hubiera de durar los años de un rey cualquiera, aunque sea los de David o Salomón, que reinaron toda una generación de cuarenta años. El Niño, cuyo nacimiento predice Isaías, el maravilloso Consejero, Dios fuerte, Padre sempiterno, Príncipe de la paz, traerá una paz ilimitada y consolidará el trono de David desde ahora para siempre (9, 6 ss.). Y por Jeremías, dice Yavé, que su alianza

con David, la alianza mesiánica, será tan duradera como la alianza con el día y la noche (33, 19 ss.). Y en el Salmo 72, 5 se pide que el reino del Mesías durará mientras perdure el sol, mientras permanezca la luna, de generación en generación. Tal es el pensamiento de todos los Profetas. Pues, si se comparan los mil años con los tres y medio que duraron las luchas con el Dragón, se formará una idea de una duración que no tiene término.

Pero, tanto el Salvador, como San Pablo nos hablan de una lucha más fiera en los últimos días del mundo. Dice el Salvador, que serán aquellos días como no los hubo desde el principio del mundo, y que por amor de los elegidos se abreviarán (Mt. 24, 22). Y San Pablo asegura que, antes de la segunda venida del Señor, vendrá la apostasía y se manifestará el hombre de la iniquidad, el hijo de la perdición, que se opone y se alza contra todo lo que se dice Dios (2 Tes. 2, 3 ss.).

Pues respondiendo a estos vaticinios, nuestro profeta nos presenta a Satanás otra vez suelto organizando las huestes, que siempre las tuvo en el mundo, para hacer de nuevo la guerra a Cristo. Pero fuego bajado del cielo aniquilará el ejército de Satanás y entonces habrá llegado el momento de la victoria definitiva sobre el príncipe de este mundo, el día de la resurrección y del juicio final, en el que el Señor dará a cada uno según sus obras. El Diablo con todos sus secuaces será arrojado al abismo y los fieles de Cristo entrarán a formar la ciudadanía de la Jerusalén celestial.